



25. ENE 1925

Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—¿Es de los Gobelinos?
 —No, señor. Era de los vecinos de arriba, pero se lo compramos nosotros cuando los trasladaron a la Coruña.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas; y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCION RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 165

o

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

16.—Refrán.

PUNTIILLA

REGACIÓN

X

PUNTIILLA

REGACIÓN

EL REY DE LA SELVA

EL CERDO

17.—Cuando Fernando VII...

—No me gusta esa *tercia-prima*. ¡A mí no se me da gato por liebre!

—¡Hasta que yo le *dos-cuarfa* un día la boca y largas que pasar sin ninguna!

—¡Como soy descendiente de *todo* que no le haré a usted ni pizca de caso!

Los ejemplares atrasados de

BUEN HUMOR

correspondientes al año 1924, se venden en esta

Administración al precio de CINCUENTA céntimos.

Los de años anteriores, al de UNA peseta.

18.—¿Les gustan a ustedes las lentejas?

¡¡A 1001 1—N!!

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero.

19.—De un «cuplé.»

1000

2

A LOS MALOS TOREROS

500

CERO

BATAULA GANADA POR NAPOLEÓN SIN N

20.—Un famoso escudero.

PORTERO DE LA REAL

SOCIEDAD GIMNÁSTICA ESPAÑOLA

BARRIGA

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE DICIEMBRE

Soluciones a los pasatiempos de BUEN HUMOR, del concurso de diciembre de 1924.

1. *Terremoto*.—2. *Jácana*.—3. *Eugenio Noel*.—4. *Evaporar*.—5. *Araceli Bárcena*.—6. *Momentánea*.—7. *Sopa y cocido para dos*.—8. *Asteróides*.—9. *Escamoteo*.—10. *Caparazón*.—11. *En el Baracaldo*.—12. *Matazoquera*.—13. *Radiomanta*.—14. *El rosario de la Aurora*.—15. *Camomila*.—16. *Vísigo*.—17. *Yo soy sobre el abismo*.—18. *Sehecio*.—19. *Nocturno*.—20. *Leopardito*.—21. *El Ayuntamiento de la Villa y Corte*.—22. *Tres grados bajo*

cero.—25. *Calcáreo*—*Calcito*.—24. *Mostranca*—*Mostrenco*.—25. *Eristepelatos*.

Examinadas las 10.909 soluciones recibidas, han resultado completamente exactas las 26 que firman los *pluri-dictaministas* que a continuación se relacionan:

1. Luis de Tabira, Bilbao.—2. María Luisa Beses, Madrid.—3. Enry, Portugalte.—4. Jesús R. Maraver, Madrid. 5. Matilde Maraver, Madrid.—6. Encarnación Orbea, Sestao.—7. Conchita Lorenzo, Madrid.—8. José Fenoll, Gijón.—9. Elena Jiménez Castro, Madrid. 10. Charito M. Cortés, Madrid.—11. Portirio del Campo, Madrid.—12. Ra-

món M. Cortés, Madrid.—15. Clemente Rodríguez, Madrid.—14. Antonio Sánchez, Madrid.—18. Carmen Jimeno, Madrid.—16. Santos Varela, Bilbao.—17. M. Herce Urrutia, Las Arenas.—18. María Isabel Urzola, Valencia.—19. Matilde Cortés, Madrid.—20. Mercedes Peyrona, San Sebastián.—21. Manuel García Reyes, Madrid.—22. Enrique Pineda, Segovia.—23. Clara Padilla, Bilbao.—24. Adelita Peyrona, San Sebastián.—25. Felisa M. Cortés, Madrid.—26. Pilar Alonso, Madrid.

El sorteo de premios se verificará en nuestra Redacción (plaza del Angel, 3), a las seis de la tarde del día 27 del actual.

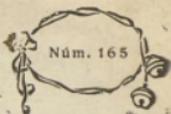
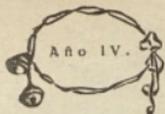


TUBO
2pts

PAPÁ, MAMÁ Y YO
usamos todas las mañanas la
PASTA DENS

Deja en la boca el sabor de un delicioso bombón, perfumado y refrescante. Limpia la dentadura con la suavidad de una esponja, dándole una blancura y un brillo insuperables.

PERFUMERIA GAL. MADRID



CAPRICHOS HUMORÍSTICOS

Guiso de león



En algún lugar del mundo en vez de matar el pavo se mata al león.

Aplicado ese plato a las fechas voraces de la Pascua, no resulta manjar demasiado fuerte.

La receta del plato de león no se encuentra en los libros que tratan de guisos de cocina, pues es a base de dos días de cocción y de echar al guiso unas cuantas pastillas de quinina para quitarle la calentura.

Así como no está en los libros de cocina la receta del plato de león, tampoco está la que figura en los libros culinarios de la negrería para el asado de niño:

«Se meten dos o tres manzanas en la barriga del infante y se deja que se dore a fuego lento. Para mayor éxito y compostura del plato, habrá que presentar al niño con el pelito rizado.»

Sección continua.

La atracción de aquel cine era su verdadera sección continua que pasaba de la noche a la mañana sin parar. Si a algún recalcitrante se le ocurría no salir nunca del cine, podía hacerlo por sólo treinta céntimos.

Generalmente todo el mundo salía a cierta hora de la noche y nadie volvía a entrar. La obligación de la empresa era proyectar hasta que desapareciera el último espectador.

Pero una noche hubo un espectador empedernido que no quería salir de su butaca ni a tres irones. «El secreto sangrante», que era la película central del programa, se había proyectado ya seis veces para el mismo.

Los actores cinematográficos estaban impacientes y le miraban con rencor. Ya no podían más y repetían de

mala manera su papel, se les escapaban las cosas de la mano y fallaban los saltos.

Cuando por séptima vez, ya en el teatro completamente vacío, se volvió a comenzar la película, los actores y las actrices se pusieron en elegantes jarras y se negaron a repetir. Con insulso ruido de gigantesca culera que se resaca, se abrió el cerco y apareció por el enorme siete un caballero que dijo:

«La película no puede girar más... Los actores y las actrices se han confabulado en un planete que nos obliga a suspender la sesión continua.»

El espectador, indignado, salió protestando y dejando caer con estrépito

los asientos ya levantados de todas las butacas.

La hija del dulcero.

La hija del dulcero o confitero o repostero—como mejor quiera decirse, era dulce, cremosa y con dos ojos grandes como dos enormes bombones de chocolate.

A través de la luna del escaparate se la veía deslumbradora y como envuelta en el adorno de dulces y golosinas.

Los que la deseaban pensaban que siempre se la podría sacar de allí y salvar a aquel empalago de eterno bautizo, haciendo lucir la belleza sumnosa de la hija del dulcero.

No sabían que eso era imposible, porque a la linda con fierra la gustaba vestirse de caja de dulces; no sabía vestirse sino de estuche y bolsa de caramelos y bombones finos.

Los taxímetros helados.

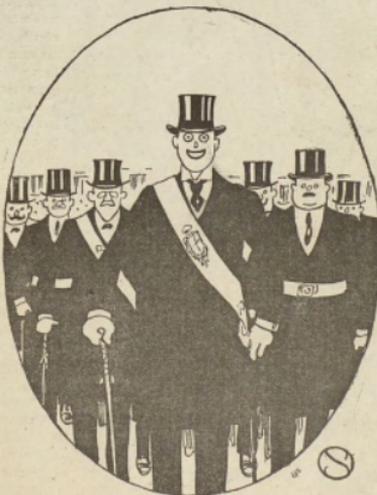
Hacía tanto frío, que los taxímetros se habían helado. El aprovechado, al salir del teatro y darse rápida cuenta de la clase de noche que se cerraba fuera, tomó un automóvil para su casa en Carabanchel Alto, y como el taxi estaba helado, no pagó más que ochenta céntimos.

La tesis del ladrón.

El ladrón aquel era intangible, porque poseía la tesis perfecta del robo, el secreto del robo continuo e impune.

Sólo a sus íntimos les explicaba aquella tesis sobria, pero segura.

«No es más—decía con gran modestia—que saben que nunca un robo debe parecerse a otro. El día en que se repite una misma forma de robo, se está perdido.»



Dib. SILBERO.—Madrid.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERRA.

¡POBRE TANGUISTA!

INTERVIÚ CONMIGO MISMA

Harta de leer artículos de cabaret escritos por gente que ha gozado de sus delicias o soporiado su aburrimiento, pero que al hablar de nosotras no ha sabido descubrir nuestra vida y no ha querido averiguarla por nosotras mismas, no puedo resistir a la tentación de hacerme una interviú y allá va.

Mi vida cotidiana empieza después de comer, quiero decir después de la

hora en que los demás mortales tienen la grosera costumbre de dedicarse a los placeres de la mesa. A esa hora, repito, empiezo a vivir saliendo del lecho tan hermosa como Susana salía del baño, pero sin viejos importunos. Previo frugalísimo alimento, y después de esmeradísima toilette con la que creo aumentar mis naturales encantos—mi abuelita, la pobre, murió hace tiempo—, me lanzo a la calle.

Anochece. El farolero da el biberón luminoso a los faroles de Lavapiés —¡jengo un instinto poético que para sí lo quisiera Valle Inclán!—Unas veces a pie y otras andando, porque la profesión que tengo el gusto de ejercer no da para más y las amistades que cultivo no tienen una *gorda*. Llego al *antro* donde presto—mejor diría regalo—mis alegres servicios. Apenas he tenido tiempo de tocar mis labios con el ruboroso carmín, oigo las atrayentes notas de un *fox*—¡es mi baile, señor!—que me obligan a lanzarme a castigar el parquet en los brazos de uno de mis innumerables admiradores que, al terminar la danza, me invita galantemente a saborear un brebaje que allí llaman te. Ahora han cambiado el baile—este es un *chotis*—y el admirador de turno—este es un primo que me invita a una copita de mono y se embelesa con mi coba—. Y así, durante tres mortales horas, se suceden *tangos*, *chotis*, *fox* y copitas de mono, coñac, manzanilla, etc., sin que en todo ese tiempo se me permita quitarme el reglamentario sombrero que empieza ya a oprimirme las sienas. Son ya las nueve, y aunque es la hora de cenar, como después de tomar tanto pingue no hay quien tenga gana, aprovecho este rato de descanso para acicalarme de nuevo. Acicalada ya, sigue la serie de danzas, y lo que es peor, la de bebidas, que, como es natural, tratándose de juerga nocturna, se consumen por botellas. Sigue también el martirio del *chapeau*—como puede verse domiño el francés—, que a las once se inclina levemente hacia atrás y a las dos ha llegado sin novedad al cogote. A las tres empieza a darme vueltas el establecimiento y ya no para hasta las cinco, hora en que me voy a casita—si no hay algún amigo providencial y cariñoso que me acompañe en auto—empleando el mismo sistema de locomoción que cuando llegué al cabaret.

Y esta es, señores, la vida triste de una mujer alegre.



Dib. Bor.—Madrid.

LOLA «LA VALENCIANA»

FENÓMENO FENOMENAL

De Texas (en los Estados Unidos, aún más allá de Nueva York, de las Pampas y de... Alcatraz de San Juan) escriben que allí han nacido dos mellizas (¡vaya un par!) unidas por la cadera;

y una revista nos trae sus retratos. Son dos pollas... si no bien, tampoco mal, que con éxito al cultivo de la música se dan.

Al mirárlas, tan risueñas, tocando el piano y, a más, el saxofón, las creemos llenas de felicidad; pero ¡rediez! vivir siempre sin poderse separar, debe de ser un martirio cual otro no se verá.

Y menos mal si ambas viven. Mas si una muere, ¡caray!

¿qué hace la viva llevando siempre un cadáver detrás?

Y, suponiendo que vivan las dos una eternidad, si una se casa ¿a la otra qué papelito la está reservado?... El que se case con este monstruoso par de mujeres (que no es una, ni son dos en realidad), ¿será bigamo? Es posible. Lo que puede es congeniar con la mujer de delante, pero no con la de atrás... Pues si entre sí no congenian, ¿no será cosa infernal vivir la mitad del monstruo siempre con la otra mitad?

Y cuando no las dividen será porque no podrán...

¡Pero qué cosas fabrican los yanquis, voto a San Blas!...

El día menos pensado nos cuentan que hay por allá fenómenos de tres cuerpos (cual los espejos) que van unidos por... cualquier parte, a confesarse, a bailar, a comer y a... ciertas cosas de carácter natural!...

¡Dios le libre de que el hijo que te nazca, (aquí o en Das) se presente duplicado, pues, según la vida está, si uno suelto cuesta un pico, ¡doble pico ha de costar el que vengan dos, pegados por delante o por detrás... aunque luego los exhiban en las ferias, por un real, en pelota y manejando la bandurria y el tan-tan!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



EN LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS
El novador de vulgoceros. — ¡¡Quítate de delante! ¡¡Que te tengo a dieta!

Dib. SAMA. — Madrid.

La lectura de obra por el autor novel

En la semiofuscidad del escenario —saturado de humedad y del polvo concentrado durante varios años— unas sombras se deslizan quedamente con aire de misterio y ocupan las sillas colocadas en círculo, alrededor de una mesita. Son los cómicos que llegan para asistir a la lectura y reparto de papeles de la obra nueva. Ellas aparecen con los rostros un poco marchitos por el insomnio y los productos químicos, y ellos malhumorados y maldicientes ante el mandato imperativo de la tablilla de ensayo, que les obliga a dejar el café, donde tan a gusto practican la vivisección de sus compañeros de escena.

Después aparece otra sombra, correspondiente a un orondo hombrecillo que fuma enorme puro, luce un sorlition en el metique izquierdo y ostenta espléndida pieza de oro de veinte dólares en el colgante de la cadena del reloj. Es el empresario, ídolo ante el cual todos los cómicos se inclinan ceremoniosos, apresurándose a cogerle el bastón y el sombrero. Detrás llega un jovencito de aire tímido, tropieza con varias sillas y sus ocupantes, pide mil perdones y se sienta ante la mesita, sobre la que pone un grueso manuscrito.

Se trata de autor novel, quien se dispone a dar lectura a la compañía de su primera producción teatral.

A la invitación de «Cuando ustedes gusten, podemos empezar» hecha por el autor, sólo corresponde la característica—mujer vieja y gorda—con una sonrisa alentadora. Los demás ar-

tistas se mantienen en hierática actitud de dignidad.

El autor da comienzo a la lectura, y a los pocos minutos el orondo empresario, arrellenado en el sillón directorial, comienza a enlazar los párrafos como si estuviera sumido en hondas abstracciones, cuando en realidad comienza a dormirse.

De pronto un hombre dando resoplidos irrumpe en la escena, y encarándose con uno de los artistas, exclama a gritos:

—Peláez, es usted el rey de la marfingalá; pero yo soy el emperador de los brutos. Y una de dos: o me abona el importe del traje, o le desnudo a golpe!...

Y, acompañando la acción a la palabra, el enfurecido sastrer acomete a Peláez, el cual, previos hábiles regates, logra ganar la salida del escenario, huuyendo a todo motor. Los artistas rodean al sastrer, calman su ira y logran al fin que se vaya.

El novel autor reanuda con monótona entonación la lectura de su obra; pero, rápidamente surge otra complicación. La primera actriz, mujer de espléndidas prendas—o cho trajes por temporada—se levanta y con ojos llorosos de indignación, dice al autor:

—Oiga señor: Mi reputación artística, me vea hacer papeles de mujeres desarraipadas. He sido educada en un ambiente aristocrático, y, por lo tanto, el papel, de no lucir yo tres o cuatro «toaletes», no me va.

El autor se deshace en explicaciones para demostrar que la protagonista de

su obra, no es un maniquí, sino un carácter femenino que lucha con los pre. juicios sociales hasta lograr el triunfo.

—Nada, nada—termina diciendo—. Devuelvo mi papel; y yo cedo ni un *óbice* bajo mi punto de vista aristocrático.

Ante la protesta de la primera actriz, despierta el empresario, se informa de lo que ocurre y replica a la artista que acepte el papel de heroína de la nueva comedia, mientras que el autor, pálido y trémulo, espera la solución del terrible problema planteado.

—¡Joven! le aconseja el empresario—, hágame usted caso: Convierta a la protagonista de la obra en una mujer elegante que ofrezca tes en sus salones y que hable de los líos de sus amigas y de las sufragistas inglesas y verá usted. ¡Una ovación! ¡Si sabré yo cómo se hace una comedia moderna...! ¡Ah! Y haga usted que la protagonista de la obra fume cigarrillos egipcios. Eso es muy esencial.

El novel autor ofrece a la actriz modificar el personaje, y esto da pie a los demás artistas para proponer modificaciones a los tipos que le ha correspondido en el reparto. Cuando por fin el incipiente comediógrafo cree poder llegar al final de la lectura, aparece en el escenario un señor de aspecto jocundo seguido de un séquito de amigos. Viene hablando son caminando tono y cada palabra suya es acogida con ruidosas carcajadas del coro de incondicionales acompañantes.

Los cómicos abandonan al autor novel y acuden solícitos al encuentro del recién llegado.

—¡Si es el gran López, el monstruo del atracón!—grita jubiloso el empresario—. ¿Qué le trae a usted por aquí?

—Una obra que es el Himalaya de la gracia y el descoyuntamiento de la hilaridad.

—¡Que la lea; que la lea!—. Y batiendo palmas, los cómicos y el empresario, empujan hacia la mesa al gran López, le hacen sentar y se disponen a desencajarle las mandíbulas de risa.

Y mientras el empresario dice al escritor novel «¡Por hoy queda aplazada la lectura de su comedia!», el inmenso López tira de manuscrito y comienza a leer:

«Las risueñas cordilleras. La acción, en una casquería; y el final, en el Matorro.»

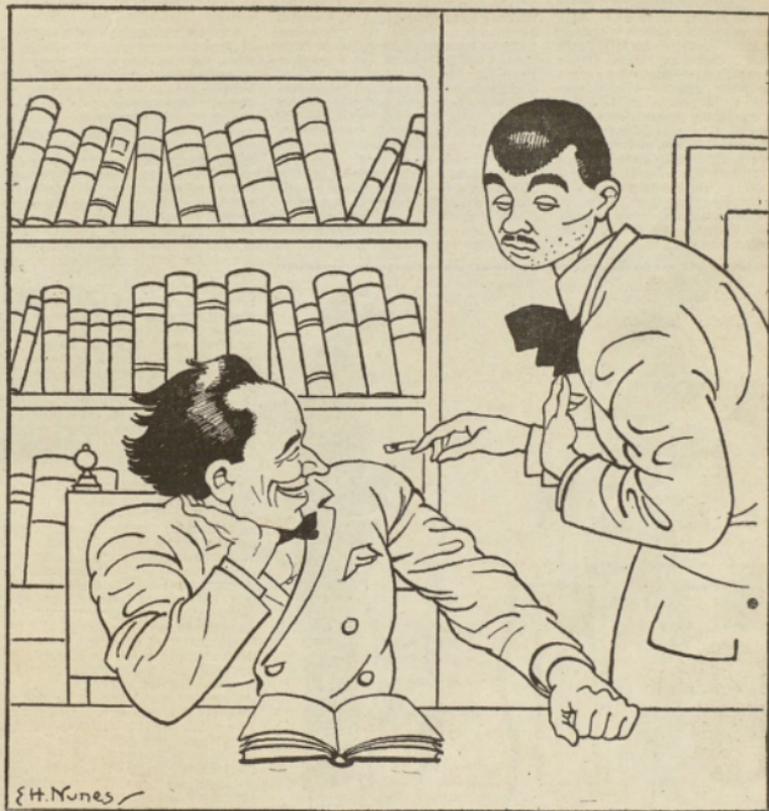
Sólo la lectura del título, provoca una formidable explosión de risas. A los hombres se les saltan las lágrimas y a las mujeres, les amaga el síncope. Al mediar el primer acto, los médicos de la Casa de Socorro próxima han tenido que acudir rápidamente al teatro, donde se agitan con epilépticas convulsiones varios artistas, víctimas de ataques de entrapelitis aguda...



Dib. de Udo. —Barcelona.

—Así, joven. ¡Un momento! ¡Quietos!

J. CARMONA VICTORIO



Dib. Nunes.—Cruz Quebrada (Portugal).

— Yo digo siempre lo que pienso.
— Pues, mira, más te vale estar
constantemente callado.

CUESTIONES DE POCO PESO

LAS CERILLAS QUE NO ARDEN

Reconozcamos noblemente que nuestro Monopolio de cerillas es a todas luces renovador. (Y conste que al decir a todas luces no he tenido la ridícula pretensión de hacer un chiste.) Desde que se constituyó—que ya va para rato, según mis cuentas—cifra su mayor anhelo en proporcionar al público las más donosas y gratas novedades.

Empezó el Monopolio dando unas cajas de diez céntimos que eran una verdadera preciosidad. Contenián cincuenta cerillas aproximadamente, y además del envase, que reproducía vistas de monumentos nacionales y extranjeros, tan poco conocidos como la Catedral de Burgos o las pirámides de Egipto, ofrecían la conmovedora sor-

presa de una fototipia en la que una mujer, frecuentemente guspa, nos dispensaba la merced de mostrarnos sus nalgas o se tomaba un torero la incesante molestia de darnos a conocer su risueña cara de bruto. Los dependientes de las peluquerías, los mancebos de las farmacias y los estudiantes del Instituto andaban locos tras de aquellas fototipias y cifraban toda su ilusión en completar antes que sus compañeros de gremio, de laboratorio o de cátedra, la serie segunda, la serie quinta, la serie décima, que luego ponían en un cuadro para mayor grandiosidad y distinción. Así estuvimos una docena de años, pidiéndonos unos a otros las fototipias en un trivial in-

tercambio de pequeños e inútiles servicios.

Pero empezó a encarecer la vida y el Monopolio, atento siempre a la actualidad, suprimió las fototipias, si bien no nos privó de contemplar los monumentos nacionales y extranjeros, que siguieron desfilando por las cajas. Pero nos restó una sola de las cincuenta cerillas que en opinión suya contenían éstas. El nuevo sistema duró un par de años, al cabo de los cuales los mencionados monumentos desaparecieron como por encanto, sustituyéndoseles por unos ridículos colores que pretendían ser la bandera española y a través de cuyas bandas, grotescamente onduladas, nos hacía la Hacienda pública no se qué inútiles advertencias.

Vino después la guerra, se recrudeció la carestía de la vida, y el Monopolio, considerando excesivamente prodigo dar cincuenta cerillas por diez céntimos, rebajó a cuarenta el número de éstas, única forma de enjugar, en parte, su terrible déficit, cosa que no debió de conseguir, puesto que al propio tiempo borró de las cajas los colores nacionales y los sustituyó por anuncios de casas de comercio, que, según mis noticias, arrendó a una empresa con el honorable fin de garantizarse un ingreso seguro y permanente.

Pero, por lo visto, esta última novedad económica no le basta aún, y recientemente ha introducido en la fabricación de sus productos una nueva modificación, que consiste en vender cerillas que no arden. Tal medida no puede ser más acertada, puesto que con ella consigue el Monopolio dos cosas a cual más interesantes; ahorrar el dinero que habría de gastar en fósforo y hacer que el consumidor adquiera más número de cajas. Esto lo ha discurrido al conocer una Real orden publicada meses atrás, por la que se persigue a sangre y fuego el uso de los encendedores medicinos.

Como se vé, el talento de nuestro Monopolio de cerillas está muy por encima del de todos los economistas que en el mundo han sido, desde Roberto Maltus hasta Pedregal. ¿Qué significa en el mundo actual, tan previsior, tan prudente, tan financiero, una vista del educucio de Segovia o una fotografía del «Chico de la Blanca»?

El ahorro es virtud. Quien necesite cincuenta cerillas al día, puede pasarse muy bien con cuarenta. Quien posea una caja de cerillas y no consiga que ninguna de estas encienda su cigarro, puede pedir fuego a un transeúnte. Y en último resultado—y esto sería lo verdaderamente discreto—que no fume...



Dib. Utaica. —Madrid.

—Figúrate que la otra noche se aprovechó Edgardo de... que no le miraba para darme un beso...

—¿Y tú, qué hiciste?

—¡No volverle a mirar en toda la noche!

MARIANO ZURITA

LA FORMALIDAD

Desde que por encima del labio superior comienzan a nacer unos pelillos lacios, se nos dirige unánimemente esta frase:

—¡Vaya! ¡Ya estás hecho una persona formal!

Uno se pone muy colorado y piensa decir algo. Luego no dice nada. En último caso hace un gallo.

Y es que nos complace mucho que nos tomen por personas formales y suponemos que no puede haber cosa mejor sobre la tierra.

¡Qué error! ¡Qué funesto error! todo se debe a la formidable propaganda que la formalidad ha hecho de su producto, propaganda apenas contrarrestada por unos cuantos individuos en cada siglo de la historia.

Es necesario que se haga una puntualización sobre el concepto de la formalidad y se destruya la importancia que se le ha venido dando desde que las personas formales dirigen el cotarro y tratan de formarnos a su imagen y semejanza.

La formalidad es uno de los prejuicios que debemos sacudirnos lo antes posible.

Indudablemente, y esto demuestra la verdad de mi teoría, el hombre no nace formal. Procede de manera poco seria y razonable. Llora a destiempo, tan a destiempo como hace todo lo demás. Chupa lo que puede y a ratos se entrega a un irreflexivo regocijo. Su conducta no es precisamente la de un presidente de Audiencia Territorial.

Persiste durante algunos años en este comportamiento frívolo, caprichoso y poco serio. Llama a las cosas y a las personas con nombres tan convencionales, como inexactos. Ninguna persona formal llama *qué qué* al perro, ni *fatá* al soldado, ni *nada* por ese estilo. Sigue, como digo, el individuo aprovechándose de las inolvidables ventajas de la edad. Se arrastra por el suelo (Duhamel nos recuerda el suelo y lo pronto que nos olvidamos de él, injustamente); se pega con sus hermanos por el menor motivo, llora y se revuelca sin razón aparente; lo rompe todo, se lleva a la boca todos los objetos y se ensucia toda la ropa y la cara, y las manos, y las pantorrillas de un modo súbito e incomprensible.

Pero esa felicidad, esa vida apacible, fácil, dura poco tiempo. Los hombres formales le acuchan ya, la formalidad está detrás de la puerta y en la primera ocasión...

Un día, papá tiene un ataque de formalidad y habla del colegio. Nunca hemos oído esta palabra. Sin embargo, detrás de ella, como detrás de la palabra *misa*, a la que nos llevan los domingos y en la que no sabemos qué

hacer porque las personas formales sisean y están muy serias, se nos prepara la emboscada.

El colegio, con sus pupitres uniformados, con su entrar y salir a horas fijas, con las lecciones, con los compañeros de colegio, es ya una punta de formalidad. Ya no podremos hablar alto cuando nos parezca, ni llorar ni reír sin motivo, ni arrastrarnos por el suelo ni nada de eso.

Desde entonces, ya no hay escape. La formalidad nos rodea, nos aprieta hasta que consigamos convertirnos en seres tan odiosos y vulgares, tan va-

namente serios e importantes, tan huecos y tan necios como es ella misma.

Parece increíble la cantidad y variedad de medios de que dispone para molestarnos.

Cuando queramos empezar a fumar, hará que nos prohiban fumar. Cuando sintamos afición a salir de noche, conseguirá que nos prohiban salir de noche.

Después, un día nos colocará delante de tres señores formales que hay sentados a una mesa y que, poseídos de una extraña curiosidad, coinciden en preguntarnos cosas de las que, naturalmente, no eslimos enterados.

En esa época surgen para nuestro mal los libros de texto, los cuellos duros y las cédulas personales. Nos sale



Sánchez Vázquez

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—¡Los hombres, son los seres más volubles de la tierra!

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque hace quince días estaba enamorada de Emilio y ahora no puedo ni verlo!



Dib. GALINDO.—Madrid.

—Creo que a Luisito le han puesto los reyes una barbaridad de juguetes.
—¡Claro, como que iba cargado de recomendaciones!

vello en las piernas, que es también obra de la formalidad.

Más tarde, un señor vestido de claro, con unas cosas doradas en las mangas, nos hace ir para adelante, y luego para atrás, y luego de un modo y luego de otro, a su vez. Ignoramos para qué hemos de necesitar esas evoluciones ni para qué nos han vestido a unos cuantos de una manera particular.

Aquí y en los lugares anteriormente citados, se nos atiborrará de conceptos pesados como piedras y terriblemente formales. Se nos harán respetar muchas cosas.

Puede decirse que ya la formalidad nos tiene cogidos y que muy difícil será escaparse de ella.

Ya no haremos nada de lo que quisieramos hacer, porque alguien nos saldrá al paso para prohibírnoslo.

Al final, seremos magistrados, o coroneles, o catedráticos de álgebra, o curas, o jefes de negociado. Puede decirse que hemos deshecho nuestra vida a fuerza de querer hacérnoslo.

Y es que hay que vivir en la informalidad todo lo posible. Yo deliando, yo grito a favor de la informalidad. Miremos a nuestro alrededor, con la más serena informalidad, y veamos como todos esos señores serios y formales que nos rodean, quitándoles su aparato, su formalidad, son vulgares. Con su aparato y su formalidad, son insoporables.

Creamos cada vez en menos cosas y con menos fe. Alguien dice que la felicidad está en creer en todo.

Hay otra felicidad, que es la de estar de vuelta de todos los prejuicios, la que se ríe de todo lo serio y la que hace burla de la hueca formalidad de las personas sensatas.

Si nuestros mayores han caído en la formalidad, peor para ellos. No tienen redención, pero deben dejarnos a los demás ser informales.

Completa, profunda, felizmente informales para toda la vida.

José LÓPEZ RUBIO

UNA CARAMBOLA POR TRES TABLAS

Acabamos de verla en las páginas de nuestro compañero de prensa *La Voz*; es una hermosísima carambola por tres tablas que nos deja más satisfechos que un buen menú. El diario de la Habana, *La Lucha*, ha reproducido con toda elegancia una caricatura firmada por Cisneros y publicada por Buen Humor; y *La Voz*, de Madrid, reproduce a su vez la caricatura, dándola como original del periódico de la Habana.

Todo esto nos llena de regocijo y de placer, pero con todo afecto y circunspección rogamos a los redactores de *La Lucha* lo que venimos rogando desde la coronación de Suintila, a saber: que cuando reproduzcan uno de nuestros dibujos, procuren hacerlo diciendo la procedencia, para evitar otra carambola por tres tablas como la que acaban de tirar, dando paño antes que bola. ¡Ah! y que nuestro colega *La Voz* cuide, para otra vez, del *retruque*.

UNOS LEVES ENTRETENIMIENTOS

Frases célebres.

¡Todas las grandes figuras de la Historia han emitido frases más o menos luminosas que el tiempo ha hecho correr de boca en boca.

Recordaremos hoy una de la veterana y medieval, y a ratos (a muy pocos ratos) ingenua canzonetista *Chelito*.

Fue un día en que concedió una entrevista, sin enojosos testigos, a un político famoso; y cuando éste, para asegurarse de que ella no se volvería atrás, la exigió promesa formal, *Chelito* exclamó mirando al cielo:

—¡Doy a usted mi palabra de honor!

Magnífica y lapidaria, si que también entrecortada, frase que fué comentadísima, aunque no todo lo que merecía.

Otra frase, también de aupa, que recordamos en este momento es la que soltó un subsecretario de Gobernación en aquellos ya lejanos tiempos en que todavía había ministros en España. Parece ser que el inenarrable hombre público D. Joaquín Sánchez de Toca hubo de molestarle con otro gachó de los conservadores por rivalidades del oficio, y poniéndose colérico y un poco fillico exclamó en un rapto de malhumor, que por cierto resultó un rapto muy largo:

—¡Tengo a ese tío montado en las narices!

A lo que el susodicho subsecretario respondió:

—¡Pues le va a usted a costar un trabajo impropio que se apece, porque en su vida habrá estado más cómodo ese sujeto!...

Colección de colmos.

Un caballero griego, que no es lector de *Buen Humor* pero que está a punto de casarse con la hija de un comerciante que es primo segundo de un individuo que a veces lo lee, nos ha remitido la siguiente: sería de colmos que con mucho gusto publicamos:

El colmo de un sastre:

Hacer este invierno tres trajes a don Valeriano Weyler.

El colmo de la imposibilidad:

Contar los años de Loreto Prado con los dedos de la mano.

El colmo de la benevolencia:

Encontrar una gracia en la fisonomía de Bergamín.

El colmo de un miopie:

No ver los dientes de Sánchez Guerra.

El colmo de un loco:

Decir que Ossorio y Gallardo tiene razón.

El colmo de Pastora Imperio:

Cantar y dar un gallo, no teniéndole hace mucho tiempo.

El colmo de un taquígrafo:

Copiar un discurso *¡completo!* de Francos Rodríguez y no tener necesidad de que le amputen el brazo después.

Parecidos y diferencias.

Y ya que estamos en este plan, queridos lectores, quizá someter al sereno juicio de ustedes unos parecidos realmente asombrosos y unas diferencias como para concluir armando una bronca.

¿A que no saben ustedes en qué se parecen los anarquistas antiguos a Vicente Pastor?

Pues en vista de que no lo saben, se lo voy a decir ahora mismo: en que casi siempre mataban con *Bombita*.

¿A que ignoran ustedes igualmente en qué se parece el mes de marzo al objeto más querido de Cambó?

Pues también es facilísimo: en que marzo es ventoso y el objeto más caro de Cambó es Ventosa.

¿A que tampoco se les ha ocurrido a ustedes en qué se diferencia el tren diario de Guadalajara del hombre más activo del partido socialista?

Pues en la siguiente inmediatez: en que el primero es tren corto y el segundo Largo Caballero.

Y para final, vamos a ver si hay quien acierte qué diferencia mortal se para al conde de Romanones de este humilde servidor de ustedes.

Les advierto a ustedes que la cosa es más sencilla que la acreditada con dorniz fém.

¡Piénsenlo ustedes un poco, a ver si caen, aunque sin hacerse el menor daño porque lo sentiría bastante.

¿Lo han pensado ya?...
 ¿Y es posible que nadie dé con la diferencia que hay entre Romanones y yo?...

Pues en vista del fracaso, allá voy con la solución:

Romanones y yo nos diferenciamos en las siguientes cosas:

En que él es liberal y yo imparcial. En que yo pido dinero frecuentemente y él no lo dá jamás en la vida.

En que, con notoria injusticia, se dice de mí que soy un hombre excelente y de él que es un excelentísimo señor.

Y en que cuando yo juego a la Lotería ni por Dios cojo un premio nunca, ¡y él en cambio, aunque no juegue, siempre cojo!

Esto parece una concordancia bizcaitarra, pero nadie negará que es una verdad más grande que el mausoleo de Artemisa.

Muchas veces se ha dicho, pero no creo que esté de más repetirlo de cuando en cuando, para que nos siga constando a todos,

Porque sería una pena que se nos olvidase, ¿verdad?

NÉSTOR O. LOPE



Dib.
 MEL
 Madrid.

—Pues sí, me he decidido a hacer turismo y quisiera comprar un cochecho...

—Caramba, pues viene usted a tiempo. Precisamente tengo ahí un camión de cinco toneladas que no le falta detalle.

¿POR QUÉ SE VISTE



«para ¿quién» se visten las mujeres; pero viene a ser lo mismo; se visten casi todas porque quieren vestirse para alguien.

Informaremos a los lectores de *Buenos Hombres* en el próximo artículo acerca de lo que resulta de este asunto. Nos parece sensacional. Hasta ahora las mujeres se habían vestido y desnudado, pero—verdaderas personas de acción—no se habían melido a decir por qué lo hacían. Les bastaba con hacerlo. Ahora nos anuncian que se va a descorrer el velo...

Un amigo nuestro que se ha enterado de la cuestión, nos ha dicho en seguida: —Pero, ¿jencis, *Cándido* y tú, la canchidez de suponer que las mujeres van a contestar la verdad?

No; *Cándido*—y nosotros con él—puede tener «el espíritu simple», pero



Un periódico francés de creación reciente, *Cándido*, periódico que pretende tener—como el personaje de Voltaire, de quien toma el nombre—con un espíritu sencillo,

un juicio recto, «ha abierto una encuesta enquisita, encuesta, investigación o informe, que de todas esas maneras, feas todas, se dice en castellano—



acerca de «¿Para quién se visten las mujeres?»

La encuesta, tiene más gracia que casi todas las que solemos ver en los periódicos; acaso porque se le ha ocurrido a una mujer, Odette Pannetier.

Creo que hubiera sido preferible preguntar, en general, «por qué» y no



no tanto. Sin embargo: en eso de la verdad y de la sinceridad habría que hablar mucho.

La verdad hay que descubrirla; lo cual quiere decir que viene casi siempre cubierta. Uno pregunta lo que quiere saber y atiende a lo que le responden, no para creerlo sino, a veces, para creer precisamente lo contrario. Por eso todo el que pregunta comete una indiscreción, porque obliga al otro a contestar algo o a callarse y nunca, ni la contestación ni el silencio suelen ser lo bastante diplomáticos para que no se vea a las claras, por lo menos, que no contestan por derecho a la pregunta. —Sucede con esto lo que con el sufragio universal. Dicen algunos que es una engañifa porque de sobre sabemos que los electores no votan jamás por convicción sino por influencia o por dinero. Y eso ¿es engañifa? Nada más elocuent. No se podrá saber qué opi-

nan políticamente los votantes—entre otras razones, porque, probablemente, no opinan absolutamente nada—pero se sabe que ninguna adhesión a este o al otro partido vale más de uno o dos duros y de tal o cual prebenda, y eso todo.

Lo que les ocurre a muchos casi siempre con esto de la verdad es que quieren encontrarse una verdad a la medida y cuando no la encuentran dicen que la verdad no existe.

¿Qué es la verdad? ¿Dónde está la verdad? —se preguntan, fingiendo escpticismo los Poncio Pilatos y ellos deben sospechar, sin embargo, por donde debe andar, pues se consideran en la obligación de lavarse las manos. Disimulan los Poncios, y el disimulo es el negativo que puede dar la «prueba» verdadera. «¿Dices que te engañó? ¿Pues no te engañó?» escribía una mujer en las *Cartas de mujeres* de Benavente.

Si... la verdad desnuda ofusca a muchos; hay quienes no pueden contemplar desnudas cosas sin que se les ofusque la mirada. Conviene, para que puedan ver de veras que no vean del todo, lo mismo que esas personas a quienes les daña el sol en demasía y necesitan usar lentes ahumados, no para verlo todo negro sino para verlo como es éllo.



Los sabios del siglo XIX inventaron algunos aparatos que difusen la verdad, sin rodeos ni tapujos. ¡Como si los rodeos y tapujos no fueran tan verdad como lo otro!...Le ponen a us-



¿STEN LAS MUJERES?

ted en las muñecas o donde sea unos mecanismos sensibles a cualquier sacudida del pulso o de los nervios; le hacen a usted unas cuantas preguntas, y una aguja implacable registra las sacudidas más o menos imperceptibles que han nacido en usted al oír las preguntas. En cuanto nos dicen el oído cualquier cosa dulce, a usted y a mí se nos hace la boca agua; y la aguja exclama inmediatamente.

«¡Aguja!» o «¡Árduca!» Los aparatos no tienen vergüenza. Los sabios, por lo general, tampoco —porque la falta de vergüenza dicen que es una condición indispensable para ver las cosas de veras—; y así, enire el sabio que se dedica a buscarnos las cosquillas, y el aparato que marca el efecto del cosquileo, resulta cada verdad que... iparece mentir!

Por eso los aparatos no han dado, ni con mucho, el resultado satisfactorio que algunos esperaban. Tienen, sabios y aparatos, demasiada poca vergüenza para que puedan hacerse cargo del rubor verdadero y de la verdad ruborosa. No basta tener aparatos; hay que tener—como dicen los castizos—«cutis».

Ahí está el quid, y eso es lo que no debe olvidarse. El cutis, o sea la epidermis, o sea la piel, es nuestro vestido primero, el de la primera naturaleza que se nos ha pegado a la

Con eso hubiera bastado si no hubiese después sobrevenido lo otro. Eva lanzó la exclamación nostálgica y humana por excelencia: «¡A mí me falta un no sé qué!», y una tercera, una tercera persona que allí había, le retrucó la frase con otra:—«¡Aquí hace falta un hombre!»— frase que entonces tuvo su castigo inmediato aunque, más tarde haya sido premiada en un concurso.

Eva no sabía lo que era un hombre; cuando lo supo, se avergonzó de haber creído en serio, que ella necesitaba un animal semejante; y cuando, por añadidura, notó que iba perdiendo las buenas formas que Dios le había dado, debió exclamar el consabido «¡Abrete tierra y trágame!» Era que sentía la necesidad apremiante de esconderse.

Entonces fué cuando la tercera que



ra con aplicaciones de pámpano, verdaderamente despanpanante. (Esto no es juego de palabras, es filología; despanpanante viene de eso.)

Eva, pues, se vistió de esa manera, y por esa razón, por primera vez en su vida... Ahora, que, ¡claro!, Eva, inocente todavía, había vuelto a caer en los pérfidos lezcos de mademoiselle Pommette, la modista del Paraíso: Eva se había creído de buena fe que la modista había inventado el traje para poder cubrirse; y no había tal: lo había in-



le había insinuado los consejos anteriores, le pasó tarjeta ofreciéndole sus servicios como modista:

Mademoiselle Pommette
Robes pour femmes

y la hizo comprender que en vez de ocultarse en ninguna parte, sería más sencillo y más cómodo llevar consigo el cubridor o el encubrimiento. Bastaba un sencillo traje: nada complicado; lo imprescindible para cubrir las formas, pura fórmula. Necesitaba un traje de etiqueta; es decir, un traje que viniera a ser como la etiqueta o cartel que se encargara de decir a quien lo viera:—«Todo se ha perdido, menos el honor»—y que las gentes, fladas en la palabra de la etiqueta, lo creyeran. A Eva le pareció muy bien el plan, porque todavía era ruborosa y tenía la vergüenza suficiente para querer disimular.

Mademoiselle Pommette le proporcionó entonces un traje clásico: hoja de pa-



ventado para poder descubrirse. Nadie puede descubrirse hasta que no se haya cubierto; y, claro, la gran pécora vió en aquello un filón de doble filo. La invención del traje, oh, lectoras, era un verdadero descubrimiento.

MANUEL ABRIL



carne. A la vergüenza natural, a la inocente, le bastaba con tener cutis; el vestido que Dios le había dado al hombre y a la mujer para que no fueran por el Edén demasado en carne viva.

LA COPLA ANDALUZA

ALGUNOS CANTARES QUE FALTAN EN EL CANCIONERO

Soy el único ciudadano que llena cuartillas que no ha hablado todavía de la copla andaluza. Sé que muchos lectoras de los que no me leen lamentan este descuido mío y yo mismo, más de una vez, me he propuesto hacer un artículo basado en la copla andaluza. Ese momento ha llegado; con retraso, como la mayoría de los trenes españoles, pero ha llegado al fin.

Los hermanos Álvarez Quintero, esas formidables figuras de nuestro actual teatro, únicos autores que, con Benavente, pasarán a la posteridad, y que no han cometido otro error en su vida que el de ingresar en esa casa de vecindad sin portería que se llama Academia; los hermanos Álvarez Quintero, repito, porque quiero repetirlo, han hecho la mejor apología de la copla andaluza con su drama escrito en coplas, *Cancionista*.

Yo vi *Cancionista* el día del estreno, desde una butaca de orquesta, lugar que se apasiona, porque las actrices

no dejen de mirar al espectador, creyéndose que el señor que está allí sentado es el bombero de servicio, vestido de paisano. Vi *Cancionista* y fui testigo del entusiasmo del público y de mi propio entusiasmo. Delante de mí, había un matrimonio apacible y cincuentón; detrás, dos criaturas femeninas, de esas que le animan a uno a seguir soportando esta idiotiez con gotas que es la existencia. Cualquier escritor afirmaría que aquellas mujeres se pasaron la noche contemplándole y comiéndosele con los ojos. Yo, que tengo algo de decencia literaria, juro que semejantes preciosidades no me miraron más que una vez y eso para preguntarme extrañadas después de haberme mirado: «¿Cuándo habrá llegado a Madrid este joven de las Hurdes?» Pero—volviendo a lo nuestro—opino que en el cancionero andaluz faltan varias coplas y yo, con permiso de ustedes, voy a componer unas cuantas que luego se incorporarán seguramen-

te al repertorio popular; y si no se incorporan será porque me habrán salido parafilicas. ¡A ello!

Por ejemplo, falta una copla para describir de una pinclada la tontería de un individuo. Allá va la copla, que he compuesto para este fin:

Mira si está permaso que er chocolate que toma se lo elabora él a brazo.

Creo que no debe haber estupidez mayor que elaborar a brazo el chocolate que uno tiene que tomarse.

El progreso urbano obliga a construir dos o tres coplas que tengan el sabor de la época. Ejemplo al canto:

¡Pobresita Mari-Cruz!

La comost una mañana

viajando en un autobús...

y también esta otra:

Me vienes a pedir cuentas y te he visto la otra tarde de laquillera en «Sol-Ventas.»

y ésta última:

Dices que gustas a todos y que cuento entusiasmo... ¡Anda, ya! ¡Si gustas menos que una obra en el Fontalbal... Y en plan de desprecio, crean ustedes que no se le pueda decir nada peor a una mujer.

Vean otra copla, en la que un galán de nuestro tiempo se queja de las largas sesiones que está pasando al lado del objeto de su amor.

No me tienes cautivao; lo que me tienes, gitana, es harto de oír los consiertos que emite la Radio-España. Ahora voy a añadir a las expuestas una copla de un hondo sentido filosófico:

Yo te quise sin querer y tú, sin querer, chiquilla, casi me saltas un ojo al desplegar la sombrilla.

En las coplas que siguen, la actualidad ha servido de elemento básico y sustancial. ¡Ejem! Oigan ustedes:

Te amé, con otro te vi, vengarme de ti, juré, pero luego lo pensé y tomé un taxi y me fuí.

Y esta otra, finalmente:

Porque te enseñé digiste que me marchase a la porra, y ahora con ella estoy dando órdenes circulatorias.

Basta por hoy; otro día tal vez continúe este trabajo de añadir coplas al cancionero andaluz, trabajo que, seguramente, no me premiará el Gobierno.

Y es que el Gobierno español no se ocupa de las cuestiones verdaderamente trascendentales.

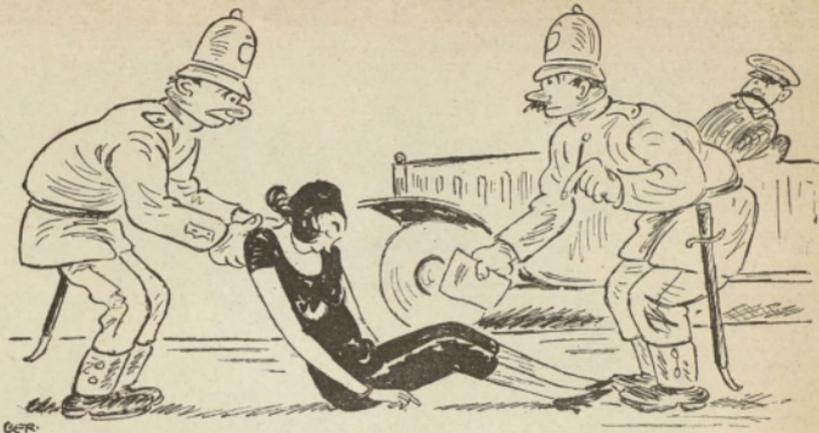
JARDIEL PONCELA

(Con el pensamiento, en el Albalcín.)



Dib. SÁINZ DE MORALES—Madrid.

—¿Qué tal, pantalón? ¿Qué es de tu vida?
—Regular, jenaro: vamos firando gracias al alquiler de dos carrillos de mano.
—Ya se ve que comes por dos carrillos!



Dib. BERGRASTON.—París.

—¡Vamos, señorita, un poco más de valor! ¿Dónde le llevamos? Díganos la dirección...
—¡Lista de correos!

HISTORIA EDIFICANTE Y ESTREPITOSA

(Sólo para solteros de ambos sexos.)

Cuando el marqués de Griffoli se enteró de que su hija única había rodado por la vertiginosa escalera del oprobio para sumergirse en el cienicento pléiogo de la desfachatez cotidiana, se echó a la calle lanzando un grito que no provocó una revolución porque nadie estaba preparado para ella.

El lance no era para menos: Lolita Griffoli, heredera de una bestialidad de preclaros timbres, futura portadora de un marquesado de la mar de campanillas, obligado adorno de todas las fiestas mundanas, de todos los tes de las cinco y de casi todos los chocolates de las dos menos cuarto, habíase sentido súbitamente heroína de una novela de Hoyos y Vinent, y, asesorada por un inesperado novio, salido no se sabe de dónde, pero, por desgracia, salido al fin, había echado sobre los timbres anteriormente mencionados un manchón de tal tamaño que para qué les voy a ustedes a contar. Resumiré diciendo que fue una cosa horrible y creo que con esta frase corriente nos habremos puesto, ustedes y yo, al cabo de la calle. Además, la índole de

Buen Humor no tolera descripciones más amplias de cosas como ésta, que, por otra parte (mejor dicho, por todas partes), están ocurriendo todos los días y una barbaridad de noches, ora claras, ora oscuras, ora muy tempestuosas, ora muy buenas, ora a una hora, ora a otra.

Refréndonos, pues, a lo que vió todo el mundo diremos que Lolita Griffoli abandonó una noche el hogar paterno, en compañía de cincuenta mil pesetas y de un joven apuesto (que apuesto a que no le conocen ustedes ni de vista) llamado Leovigildo Franco.

Claro es que al marqués, en el primer momento, le importaron mucho más las cincuenta mil pesetas que el Franco, pero, meditando luego, cayó en la cuenta de que el honor está por encima de todas las *beatas* habidas y por haber y de que es mucho menos doloroso que se pierdan cincuenta mil *beatas* que se pierda una joven, aunque, como Lolita, no vaya a misa más que los domingos, lo cual es muy poco beatífico si se mira despacio, y si se mira de prisa también.

Hemos de hacer una aclaración, no obstante, que desmiente lo que acaba-

mos de afirmar. Lolita no se perdió porque ni su estentóreo padre, ni la abigarrada multitud de sus amigos, ignoraron que había ingresado con su novio (o viceversa) en un campanudo hotel del centro de Madrid, donde ambos a dos se hicieron pasar por un matrimonio legítimo y de derecho, cosa que al principio nadie puso en duda en el hotel, hasta que el papá proclamó, con alaridos furibundos, que no había tal legitimidad y, que sobre todo, no había derecho.

Esta afirmación, por desgracia, llegó un poco tarde; y como el padre, al hacerla, resultó que llegaba todavía más tarde que la afirmación, hubo que pensar en un arreglo inmediato para que el marquesado de Griffoli pudiera seguir ostentando sus limpias ejecutorias sin pretexto para el choteo de sus similares y concomitantes.

Queremos decir, y lo decimos, que Leovigildo Franco devolvió las cincuenta mil pesetas íntegras y devolvió a Lolita a su anciano y oscilante, a la par que indignado y estupefacto padre. Este encárcelo con Leovigildo y sin amilanarse ante el pollo del nombre godo, le conminó con un palizón mu-

cho más *godo* que el nombre, si no se casaba con su pimpollo, para poner a aquella tenebrosa aventura ra un colofón que fuera del agrado del público.

Y Leovigildo juró, por la eterna memoria de su padre, y por la Memoria anual del secretario de la Junta directiva del Centro de Hijos de Madrid, que se casaría con Lolita en cuanto tuviese otro rato disponible.

Y, como por fortuna, los tenía todos, y como no los tenía todos consigo desde la amenaza del marqués, se casó con Lolita con la misma gana con que yo me alistaría en el Tercio y con un miedo mucho mayor, y no quieren ustedes saber el pánico con que yo haría eso si no tuviese más remedio que hacerlo.

Pero, en fin, divagaciones guerreras aparte, el caso es que Franco se casó, y, como nota curiosa, añadiremos que se casó en frece, aunque no faltan historiadores que afirman que se casó en diez, y quizá tengan razón, porque había motivo para ello.

II

Un año más tarde desapareció Lolita (mejor dicho, doña Lola) del domicilio conyugal, en unión de un baul lleno de alhajas y en compañía de un pollo imberbe, que debía de ser un tasador autorizado. No le dejó a Leovigildo más que un par de gemelos (hembra y varón, por cierto), sin duda porque no cabían en el baul. De lo demás, a mi mira.



Dib. CUESTA.—Madrid.

DOS PROVINCIANOS EN LA CIUDAD

- ¿Nos hace el favor de decirnos si tiene algún piso desahillado?
—Sí, señor, el quinto; tiene seis habitaciones y renta 80 duros.
—Y diga usted, ¿tiene pozo?

Leovigildo puso el grito en el cielo y el hecho en conocimiento de las autoridades. El cielo no le dijo nada y las autoridades se sonrieron un poco sarcásticamente mientras tomaban nota además de decir que tomaban nota de la cosa con mucho gusto, pero que él haría perfectamente en no tomar la cosa con mucho calor.

Visito el fracaso en el terreno jurídico, apelló Leovigildo al marqués de Griffoli, y no podemos resistir a la tentación de copiar el breve diálogo que entre los dos felicitos caballeros tuvo lugar.

Empezó diciendo Leovigildo:

—Su hijo acaba de embadurnar indignamente el nombre de usted, el mío y el de mis hijos. ¿Y ahora, qué hago yo?

Y el marqués contestó:
—Difícil es responder a esa pregunta porque tú, en tu incesante vida, has sabido hacer nada.

Y nuevamente clamó Leovigildo:

—Esa mujer ha jugado con nuestro honor, y estamos en un ridículo de los más densos que se han registrado en España!

Y al punto objetó el marqués, encorizándose súbitamente:

—¡Alto ahí, caballero! ¡Habrás jugado con el honor de usted! ¡Está casada legalmente, y en esta cuestión concreta, yo sumeriré mis manos en agua templada, me las labono y me las seco como el esclarecido Pilatos! ¡Con mi honor no juzó porque yo le obligué a usted a lavar lo imponderable asco y pulcritud! ¡Haga usted lo mismo con el pollo que ha enlodado su nombre y quedará usted a mi altura!

Y exclamó Leovigildo consternado:
—Ea que, ¡ay, de mí, yo no puedo, como usted hizo conmigo, obligar a ese pollo a que se case con ella.

Y repuso el noble Griffoli con una carcajada circense y algo augusta y tozuda:

—¡Por eso ese pollo ha tenido más talento que usted! ¡Ha sabido esperar, y hoy recibe el premio a su filosófica paciencia!... ¡Si usted hubiese hecho lo mismo, quizá se encontraría usted hoy en el caso del pollo, en lugar de encontrarse en el que se encuentra!...

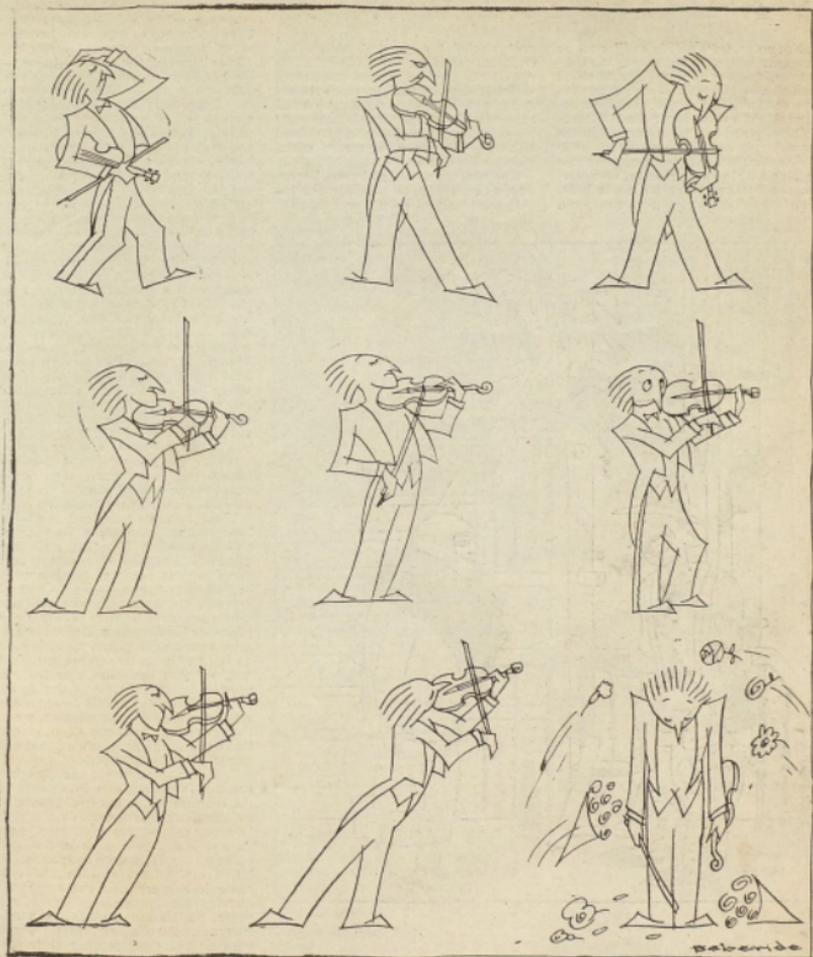
—¡Si usted me lo hubiese advertido a tiempo!...—bramó Leovigildo.

—Te lo advertí, hijo mío—contestó el marqués.—Acuérdate de que te dije una frase elocuente acerca de mi hijo. ¡No recuerdas que te repetí un refrán que dice que la *cabra tira al monte*?

—Perfectamente, señor. ¡Lo recuerdo! ¡Me dijo usted eso! ¡Pero se le olvidó a usted añadir que, además de tirar al *monte*, tenía la costumbre de marcharse con todas las alhajas!...

—Es verdad, pero nunca es tarde si la dicha es buena. ¡Ya lo sabes para otra vez!...

ERNESTO POLO



EL VIRTUOSO (Estudio de expresión).

Dib. Baberoide.—Madrid.

VAMOS TIRANDO

No; no proteste usted, amigo; no se rebelé... Adáptese, sométase, contempóricese, hombre de Dios. Si está usted condenado irremisiblemente a conformarse el treinta ¿porqué va usted a estar rabiando veintinueve días? Piénselo bien, y se ahorrá cuatro semanas de sofocos, de desazones, de rubarbo y de antipirina. El hombre que aspira a la gloria de la inadaptación, vive perpetuamente en el averno de la bills. Son muchísimos los que conspiran

contra usted, los que acabarán por derrotarle, y se le burlarán, por añadidura. Usted, indomable para someterse, vivirá pésimamente. Y su vida será semejante a la mala noche que aquel niño del cuento pasó cuando, porque no se le complacía, dijo con grandiosa alivice: —«Para que mi madre rabe, me acuesto sin cenar»...

Una vez era usted dichoso. Recordando cierta frase en boca a mediados del pasado siglo, «ninguna nube obs-

crecía el cielo de su felicidad». De pronto, se introdujo en estos madriles la moda de los relojos de pulsera. Usted se puso en guardia. «No usará nunca semejante adorno, impropio de seres viriles y conscientes», —pensó—. Pero, a poco, su amigo más fraternal, habiéndole un día de cierto asunto muy importante, alegró que tenía prisa, y se burló de la hoya por debajo de la manga. Usted quedó atónito, y un poco entristecido. Aquel hombre era un cobarde, sometido a la moda; una moda trivial y petulante, de madamina. Otra vez, en otra tertulia de iconoclastas, donde se discutía de todo lo divino y lo humano, varios masculinos compañeros suyos se presentaron con el famoso relojito en la muñeca, abrumadores, magníficos, radiantes. Cuando supieron que usted no usaba «todavía» aquel lindo invento, le asatearon con las flechas más envenenadas de la ironía y del donaire. Usted, íntegro, se resistió. Pero la tal moda cundía; ya era dueña de los covachuelistas, de los horteras, de las hermanas, de los hombres significados y de los significativos... Por todas partes el relojito de pulsera le rodeaba, le apremiaba, le reprensía su excepcionalidad. Y usted, al fin, influido por el ejemplo, alucinado por la unanimidad, entró maquinalmente en una joyería y se mercó, muy barato pero muy cuco, otro relojito como el que todo el mundo, contagiado de simíacsa fiebre, lucía...

Y así hubo de sucederle con otras innovaciones, con otros «dernier cri» de la actualidad. Usted empezó renegando de la pianola, y concluyó comprándose una pianola, que aún no ha acabado de pagar a plazos. A usted le «reventaba» la maquina de afeitarse, y hoy se rasura lejos de la charla simpática de las barberías. Usted criticaba a los amigos que llevan en el bolsillo de la americana una pluma estilográfica, y ahora lleva dos, y de las más gordas. Usted decía, no ha mucho, que era el único español que no tenía aparato radiotelefónico en su casa, y anoche probó, con brillante éxito, la «galena» que acaba de adquirir con la gratificación de fin de año.

Son muchos contra usted. Lo comprendo. Por temor de parecer anticuado, o conservador, o extravagante, ha claudicado, se ha avenido a transigir. La moda es aire para el pulmón, agua para el labio, gala para la civilidad, alimento para el apetito de renovación. Usted al hablar ahora de una obra cualquiera de arte dice que «está muy bien lograda», porque así lo repite la gente, su familia, su camarada más fraternal, su novia y su maestro. Usted, para elogiar a alguien, en el terreno descoloridamente retórico del argot chulesco, asegura «que es un hacha». Usted, escribiendo, utiliza metáforas convertidas en lugares comunes por el empleo frecuente que de ellas vienen



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Le advierto que yo no necesito para nada el ascensor. Vivo en el entre-suelo.

—Ya lo necesitará usted; porque en cuanto esté terminado, ya verá cómo le suben el piso.

haciendo literatos con lanas de carne-ro. Usted baila en el «hall» famoso, y aplaude a la cupletista que varios miles de estuatos o de majaderos han convenido en llamar eminentemente. Usted, que adoraba a Verdi y a Puccini, ahueca la voz para expresar su admiración por Wágner y Debussy. Antes de la guerra desconocía usted a Granados, y en cuanto le mataron en un torpedeamiento, se sumó a los miles de españoles que empezaron a llamarle insignie. Usted renegaba de los pantalones «estilo «Charlot», y en la actualidad da pena verle a usted sepultado en dos fundas de tonto de circo, como me da pena a mí, que no uso otros, con gran júbilo de mi sastre. Yo, como usted, he estado a punto de ser feliz, porque no vestía como todos los demás, porque no me expresaba como todos los demás, porque no me uniformaba como todos los demás, en la sanción, en la repulse, en el elogio y en la obediencia. Usted era un feroz solitario, y se ha vuelto un mansurrón comparsa. Usted me hizo creer que tenía una hermosa alma salvaje de condor, y hoy la pasesa a la vista del público presa en la jaula ominosa de un bozal. Usted ha sucumbido. Usted es de los que no viven, sino que «van tirando». Usted me ha resultado un farsante, un pelele sin voluntad.

¿Para qué, en defensa de su cédu-la personal, tomó usted el bicarbonato a montones?

¿Qué fué de aquellos pufietazos en la oficina, en el café, en la sobremesa?

Es usted un miserable filístico.

¡Vaya usted a la porra!

E. RAMIREZ ANGEL



—Me ha prohibido poner los pies en su casa.
—Será mientras viva en ese piso tan pequeño.

Dib. BRADLEY.

GALERIA PINTORESCA

¡COMO ESTA MADRID!

XVI

Madrid, castillo famoso que al rey mora importa un bledo, se ha puesto tan escabroso que resulta peligroso cruzar sus calles sin miedo.

Ninguno al riesgo se entrega, la plebe grita indignada, ¡y hay que ver cómo se llega hoy, desde Puerta Cerrada a la Cuesta de la Vega!

¡Hay que ver cómo te vales para andar, sin que tropieces, o te caigas, o resbales, desde Atocha hasta Rosales, una infinidad de veces!

El Metro que irrumpie aceras, la Electrica que lo abre todo y el Canal con sus trincheras, han puesto a Madrid de un modo que da lástima de veras.

¿Y esos montes de adoquines?

¿Y esas negras cañerías que hay delante de los cines y por mucho que imagines no las cuentas en diez días?

¿Y esa pisona tan fea que huele tan mal y humea y que se retira atrás para que la fuerza sea mayor y el impetu más?

Pues entra en los barrios bajos y verás el suelo inmundado festionado de verbajos, lleno de escoria y andrajos de un olor tan nauseabundo,

que las chicas, al pasar, hacen de simbar y alcanfor pebeteros exhalar vertiendo pomos de olor de jazmines y azahar.

Mas gracias el Directorio que nos trajo a Vallellano,

esto cambiará de plano porque el Conde, y es notorio, ni jura, ni ofrece en vano.

Venció de los carniceros y venció de los lecheros; tanto es así, que hace días les dijo a sus compañeros: ¡No hablaré de lecherías!

Los que por bravo adalid le comparan con el Cid no le comparan en balde, porque no hay mejor alcalde que el alcalde de Madrid.

El de Móstoles fué chico y chico el de Zalamea. ¡Ahi lo tenía! ¡Que se vea! De su bondad certifico... ¡si no se nos estropea!

FERNÁN YRÁVIZOZ.

JAMÓN SERRANO

—¡Mardita zea mi pajolera zurriel gritaba Currillo Verónica, torerillo de invierno, pasándose arriba y abajo de la calle de la Sierpe, metidas ambas manos en los bolsillos de la guayabera y con una cara más larga que la de Juanito Belmonte, el Supremo Pontífice de la nunca bien ponderada religión de Costillares y de Cúcharas.—¡Me quiere tú dezi, Cazimiryo de mis curpas, qué vamos a zená tú y yo esta noche por zé día d'año nuevo?

—Pos misté, zeñó maestro—le contestaba el aludido, su mozo de estoques—, a mí me ze figura que como no nos senemos el reñero de gatos que

yehamos en el estómago... Porque con dos chafitos y tres tapas con que está un zervió dende antilayé, comprenderé osté, zeñó Currillo, que mi barriga no es prezizamente la *dispenza de la Venta Eritaña*, y *dispenza* osté la manera de zeñalá. Y luego querrán que uno *atorée*—replicaba el maleta—. Pero, ¿cómo va uno a *atoré*, zeñó, si tíe uno er ziztama digestivo que es un ziztama de numeración negativa?

—¡Un quezo *gruyere*, con los guieiros zolos—añadió Casimiro—. Como que yo, cuando llega esta época, tengo que ir siempre cargao con su estoque d'osté, pa que no me ze yeve er viento.

—Oye, Cazimiryo, ¿y zí empenháramos el estoque?

—Vuerva usté la hoja, maestro. ¿No zabe osté que fué este estoque er que le clavó osté en un *pernil* a aquel refinido reparao de la vista, que le echaron a osté el año antipasso en la feria de Eritia, y que d'ende entonzes, de enze-rabito que está tó, parece mesamamente que l'ha dao la *epilepsis*?

—Vergüencita torera que tiene el yereslito. Porque, la verdad, es que yo en aqueya ocazió no entré en los mismos rubios...

—Ni en los *ozigenos* ziguiera, maestro...

—Pero pa que m'echaran er corré a aquel zinvergüenza de miope, no hubo motivo en realidá; porque, zeñó, ¿cuánto tiempo empleé en la faena?

—En la faena, mi poco. No yegó a dos minutos; pero en la *armá'stra*, zí que osté estaría zó media horilla larga... ¡Pero, por Dios, maestro, no mire osté hacia la derecha!

—¿Qué pasa a la derecha?

—Ese *malage* de montañés, reslién venio a Sevilla, ese azaróon de Domingo Piñeira, que no le fia una caña ni a zu zombra, er cuá, como zí erzé gayego le *dió* derecho a tóo, acaba de corgá de la puerta e zu tienda un jamón *der* tamaño de la campana gorda. ¿A osté le parece que hay derecho a ezo, con la neziá que tíe uno?

—Cazimiro—dijo Curro Verónica, con el gesto de las grandes tragedias, a la par que clavaba en el jamón serrano una mirada mortecina y estrábica:—Cazimiro, o deyo yo de zé quien zoy, y no vuervo a matá un toro en lo que me quea de vía, o esa *catred* de to-sino es de mi pertenencia antes de diez minutos.

—¿Y por ezo na más va osté a dejar de zé Currillo Verónica? Miste, maestro, que a mí me daría muchizma pena verle a osté zumió en la *metericosis*—gimió el mozo de estoques.

—Tú, a callá, y a corré cuando ye-gue er cazo, que lo demás, es cuenta mía.

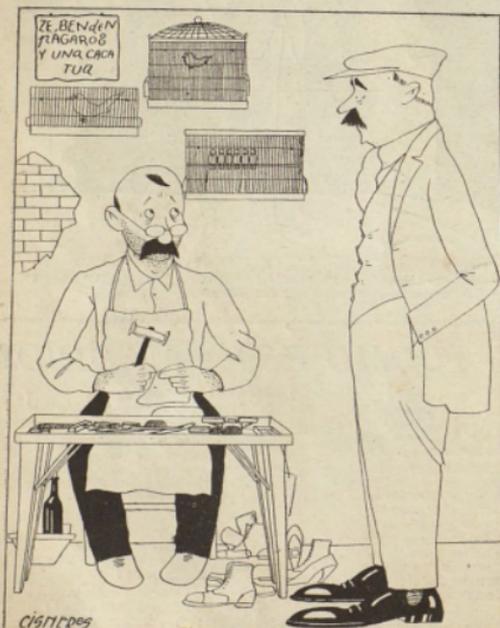
Y, sin añadir una palabra, entró Currillo en casa del montañés Domingo Piñeira, con paso firme y decidido.

—¿Qué le trae por aquí?—gritó el gallego al verle—. Supongu que nun vendrá usté a que le fle ni estu, purque *su* nun fide a naide ni una gota de agua, ni aunque vinérame recomen-da-du pur el señor obispu.

—No es por ahí, comparito. Gracias a Dios y a la Macarena, vengo yo hoy muy bien comio...

—Entonces, a qué se debe?

—No ze debe n' esto, que hoy un zervidorito ze trae en la cartera medio kilo de pépiros. Y tan cierto es lo que



Dib. CINNEROS.—Madrid.

—¡Debe usted estar m y aburrido!...

—¡Cá; no lo crea usted! Este oficio consuela...

digo, y tan buen humor tengo, que no zolo le vengo a convidar a osté a toillo lo que guste, zinu que, además, le voy a enzeñá eze juego de cartas que le disen *er tute*, y que osté el otro día juraba y perjuraba que no le entraba en la cabeza.

—Hombre, mu bien pensadu. Ahora precisamente no lengu cosa mayor que hacer. Aquí está la baraja. Digame en qué cunsiste.

—Poz atención y mucho ojo. Por lo pronto, elija osté ocho cartas. Yo elegiré otras ocho. Es pa enzeñarle, ¿zabe? ¿Qué palo es er que le gusta a osté más?, vamos a ve.

—A mí, el de orus, porque representaa dineru.

—Como osté quiera; aunque pué que er de bastos fuera er más apropiado en estas circunstancias.

—¿Quién sale de lus dos?

—Servidorito. Ahora, que no zé

zi zardré bien o mal. Er juego lo dirá.

—¿Qué carta echo yo ahora?

—La que le dé la gana. Como no es más que pa ensayarlos, iguar da una que otra. Er cinco de oros. Mu requetebién. Como yo he echao er dos, pa osté es la baza. *Ahora, a robá.*

—¿A robar?

—Zi, zeñó. Y ahora echo yo este *triufo*, que no hay quién le gane. Y como he ganado, me toca a mí coger er primerito; y como acabo e robé er ziete de oros, y oros zon *triufo*s, que dijo er otro, pos fíjese osté compare en lo que *fago*...

Y, veloz como el rayo, tirando el naipe de las siete medallas a las narices del gallego, y dando un fantástico salto (que sí lo da con la garrocha una tarde de toros en la Monumental de Sevilla, lo sacan del redondel por la puerta grande), cogió Currillo el jamón

de la puerta, y como alma que lleva el diablo, corriendo a todo correr y sin acordarse de su fiel Casimiro, por la calle de la Sierpe abajo, salió de estampía.

—Pero, ¿adónde va ese sinverguzón? Que le pasa? ¿Qué hace?—gritó el gallego estupefacto.

Y Casimirillo, que lo acababa de comprender todo, apareciendo de improviso y cortando el paso al montañés, dijo a éste con la mayor tranquilidad y frescura del mundo:

—¿Pos qué ha de jacé, comperito? Lo naturá en estos cazos: zalir de naia con el pernil, zeñor.

—¿Comu con el pernil?

—Pus claro, ¿o es que osté no z'anterao entoavía de que en er juego der tute, que es er más zaleo y produzido de toftos los juegos, es er *ziete er que quita la mueztra?*

JAVIER DE BURGOS



Dib. PADILLA.—Madrid.

—¡No me interrumpas, Tomasa! ¡Que estoy con el alma en un hilo!...

El origen de esta aventura no es complicado, pero las responsabilidades que se desprendan, deben caer, sin injusticia, sobre el parlamento haitiano.

Este parlamento, que votó los créditos para la construcción de un superdreadnought con una artillería en que las piezas pudieran salir por la culata. El espíritu independiente de los marinos haitianos, hizo concebir esta idea y se esperaban los efectos de este pequeño detalle el día que los marinos se sublevaran y bombardearan la ciudad.

Los créditos acordados eran insuficientes.

No pudiendo encargar a Inglaterra la construcción del barco, la comisión de la marina se dirigió a un cerrajero de Ginebra que se encargó gustoso de la construcción del acorazado mediante la suma de... pagadera en billetes mensuales de 25 francos.

La construcción del *Todos los San-*

tos duró algún tiempo y fue más larga de lo que los optimistas habían pensado. Por fin, la noticia de que estaba dispuesto, llegó a Puerto Príncipe la noche del 16. Inmediatamente se reclutó una tripulación de 700 hombres.

El viaje fue delicioso. La más franca cordialidad reinaba en la tripulación que, realmente, no estaba formada por gente cualquiera. Las menores funciones estaban desempeñadas por un almirante. Así, el *Todos los Santos* poseía un almirante cocinero y 700 almirantes más. El almirantísimo Agemendón Ploapiou tomaría el mando del barco.

El 30, toda la tripulación estaba reunida sobre el puente del acorazado. Las calderas estaban preparadas desde el amanecer. No hubo más que armar una cerilla para partir.

Sobre la pasarela del comandante, el almirantísimo dió el orden de levar el ancla. Otro almirante hizo sonar la sirena, mientras que los 300 almirantes

de desembarco gritaron los tres ¡hurra! reglamentarios.

El *Todos los Santos* hizo correctamente su salida y partió en medio de los aplausos.

Después de este día memorable no se sabe lo que ha sucedido al superdreadnought haitiano. En Haití se le espera y probablemente se le esperará toda la vida.

Mientras tanto, los ribereños del lago de Ginebra, afirman, aterrorizados, que cuando cae la noche creen ver un gran acorazado, con todas sus luces encendidas, que da vueltas y vueltas como el pez rojo en la pecera buscando la salida.

Así, el *Todos los Santos* dará vueltas hasta que se hunda, a menos que el gran proyecto que hará a Ginebra puerto de mar, gracias a un canal desde Enviañ al Mediterráneo, sea un hecho.

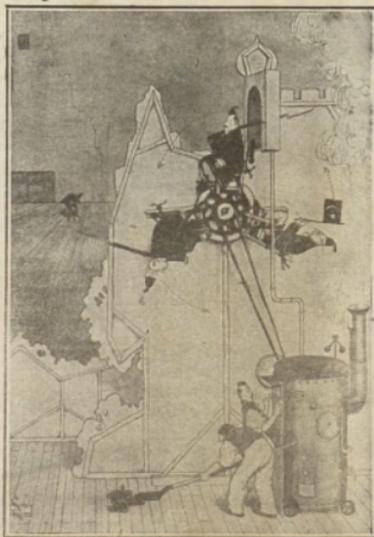
A. R. H.

LOS TRUCOS DE LA CINEMATOGRAFIA



Captura de un bandido.

De W. HEATH ROBINSON, de (*Lectures pour tous*, Paris.)



La evacuación de Scutari por los turcos

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Crifiquillo Barcelona.—¿Y nosotros qué nos importa que Blasco Ibañez tenga sesenta años? ¿Es lo mismo que al nosotros los cuatridamos a usted que Osorio y Gallardo está deseando bailar La Java con una doncella de Romanones o que a Chelito no le gusta el arroz blanco?



Pero Pera. Madrid.—¿Se puede saber, por casualidad, con qué utensilio se baña usted? ¿Es con una escoba? Porque lo parece, a pesar de que nos hace usted andar un poco, cuando dice: «Bañaba para Buen Humor, el mejor semanario satírico del mundo... y no es cosa

Bodegas de los CEAS

Bebé Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisete Yema.

Alberto Aguilera, 23, Telégrafo 18-51

para que me los publiquen. ¿Pero no tenga usted cuidado, que no los publicaremos!

L. M. A. Madrid.—¿Y tiene usted el atrevimiento de titular a eso *Una selva virgen*?... ¡Porque no es ni siquiera una selva relativamente horrad!

J. G. D. San Sebastián.—¿A us-

Sostenes IDEAL PRESA

Fajas de goma

Santa Engracia, 64 (próxima apertura).

Casa central: Puencarral, 72.

ted no le da sueño cuando escribe? ¡Pues a nosotros, leyéndolo, nos da una cosa que vendiéramos nos como a chorros!

Dibujos repudiados con Bárbara Violencia.—Los firmados por Quique (Valladolid), Gil (Sevilla), Ziti (Valencia), H. Torrado (Marín), F. Velázquez, Vila, Roberto García

(Mélico), Ale (Madrid), Emiliano G. Giraldó, Paillo y Torro (Madrid), L. Romanos (Zaragoza), M. Y. (Valencia), Aragozo (Madrid), Rubio Armán (Madrid), Leónidas, Alberto Pérez, Compadrito (Buenos Aires), Kabeón (Sevilla), Otto (Madrid), M. Rivas (Bilbao), F. de la Iglesia (Madrid), J. M. Balleza Bande (Madrid), Serpentón (Barcelona), R. M. H. V. L. Q. P. (Zafra, monco), R. Ayuso (Madrid), Zaragoza (Bilbao) y P. Urrutia (Almería).

Originales literarios que han corrido la misma triste suerte de enriquecer el atempático cesto.—Los debidos a los veloces e brevísimas plumas de los profundos escritores que se citan a continuación: Andarín (Madrid), V. D. (Madrid), ¿Qué vida más? (Calaohora), Mambrero, Filia Dum (Madrid), T. S. P. (Madrid), L. G. M. (Madrid), Bal-

domero de Mont-Sacro (Dar Quebando), Americo González (Barcelona), J. T. (Atenas de Madrid), G. D. de H. (Coruña), Diógenes al linterna (San Sebastián), E. Abalo, Catastrófero Fernández, Don Rodrigo (Tarragona), G. Gastel (Madrid), A. N. R. (Palma), X. y Z. (Albacete), Emé Ene (Barcelona) y El rey del valor (Cádiz). ¡Total, una pequeñez!



GRAN VÍA, 18
JUGURTES
COCHES DE NIÑO

Dario Doris.—¿Por no volver a leer otro artículo de usted daría cien duros, y si tuviera más, más daría. Dario Doris con el tío!

Arlañades. Madrid.—¿Ganso y criminal en un poco de menticado.

R. F. de A.—Lástima, anunciando el betín Zela, estaría mucho más en carácter que el gilentoso y chupado bicaharico que lo anunciaba hace algún tiempo.

Pilochin. Madrid.—Eso no vale

¡viva! absolutamente para nada, limberbe polluoso.

F. P. L. Madrid.
Su *Aventura del palco* es un desastre completo.
Caramelo. Madrid.—Acabe usted de ingresar en el cesto, con todos los honores.
Mano negra. Valencia.—Con la sal que usted tiene no hay ni para espolvorear un huevo de paloma.

Un amigo de Miquis.—Somos enemigos de *liquis miquis*, querido amigo de Miquis, pero debemos decir que eso es una melindrería, y se lo decimos y pase lo que pase!
G. P. P. Madrid.
El primer beso de Magaz, eso es una atrocidad.
L. B. S.—No nos gusta *El ausero* del moro. Aquí nos gustan más los suspiros de las cristianas.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial LOGROÑO

Las burdas imitaciones que del de Orive, a montones se hacen, consiguen tan solo que se vendan a millones frascos de Licor del Pólo.

Caron. Barcelona.—Ese cuento es salvaje y troglodítico. Y Buen Humor, hasta la fecha, es un periódico civilizado y bastante municipal, a Dios gracias.
J. B. R. Madrid.—¿Que usted tiene vocación literaria? ¿Lo que tiene es un pechazo literario progresivo y ascendente que monda!
A. P. C. Madrid.—Con la mano puesta en el pecho, ¡lurramos a usted por la salud eterna de Loreto Prado, que tiene usted menos gracia que un cepillo de dientes.

Agua RADIUM
TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran matices permanentes
CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

ALBERTO RUIZ
JOVERÍA.—CARNETAS. 7
Pulseras de pedida.
A la presentación de este anuncio, se descuentos el 10 por 100.

J. G. E. Huelva.
¿Que su novia no le quiere? ¿Que usted de dolor se muere porque esa mujer ingrata a otro más guapo prefiere? ¡Si que tiene mala pata!

Acabóse.—Recibíbase. Aceptóse. Publicárese. Y págarsese.
Jocoso y Tal.
El baño de la Pila.
Ni en bromo puede pasar. Reconocer usted que es una cosa de demasado bullo para que

AMADOR
— FOTOGRAFO —
PUERTA DEL SOL. 13

HERNIAS
Urgentes e ineludiblemente
J Campos
Ómico MEDICO
ORTOPÉDICO
de MADRID
Argote Figueroa 8

Pero los versos la tienen mucho peor: de modo es que debe usted comolarse en seguida.
Muchas gracias.—No hay de qué!

Lea usted *"Vida Madrileña"*
Anuncie en
Oficinas: Puencarral, 166
Director: DOZ DE LA ROSA

pase. Quédese, pues, entre nosotros, y reciba usted nuestra fraternal enhorabuena si, como parece, es usted el protagonista de la fábula.

Jack. Buenos Aires.
Admirado compadre: nos ha dado usted un latazo.

Ripaldá. El Valencia.
Mi caro amigo Ripa: como de escribir no cese, le volveremos la espalda.
¡Cero artículo como ese a un elefante le balda!
E. M. R. Madrid.—No sirve.

ALHAJAS
Se compran para casa extranjera, pagándolas espiéndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.
Horas, de once a una y de cuatro a seis.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobro indiques: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Entre padre e hijo:
EL HIJO.—Padre, ¿qué pasa ahí, que hay tanta gente?
EL PADRE.—Pues, que han cogido a un hombre que había robado.
EL HIJO.—Pues, ése ya está libre de las viruelas.
EL PADRE.—¿Por qué?
EL HIJO.—Porque ya le han prendido.
Alejandro Vera.—Madrid

En clase:
El profesor (dirigiéndose a un chico).—Dígame usted, ¿por qué está ahí si su nombre no figura en la lista de los alumnos?

EL INTERPELADO.—¿Cómo?
El profesor.—¿Cómo está usted ahí?

EL INTERPELADO.—¿Eh?
El profesor (se grita).—¿Que por qué se encuentra usted aquí?

EL INTERPELADO.—¡Joy oyente!
Antonio Fernández G. de Ovededo. Ovededo.

—¿A qué no sabes en qué se parecen un hadafeno de padre y madre a un botón de la chaqueta?
—Pues, en que está sujeto a *retela*.

Escuadrón.—Benarque.

—¿Qué es lo que debías de tocar la banda de música en la plaza de toros cuando sale el automóvil a regar la arena?
—El himno de Riego.
—Ella Fahregat.—Ciudad Lineal

Un neurasténico vuelve a su casa después de consultar al médico y le pregunta su mujer:

—¿Qué le ha dicho el especialista?
—Que tome yoduro, pero creo que lo que he querido decirme, es que yo... duro, yo... duro muy pocos meses.

Enrique Soris.—Madrid.

Entre gorristas
MARIA.—¿A qué acude tanta gente a tu tienda, Elisa?
ELISA.—A ver mis formas...

José L. Campos.—Coruta.

Durante la representación de un drama furibundo, por un actor muy malo:
EL ACTOR:
—¡Oh Dios! Mi alma se desquicia
impulso de mi desgracia.
[O un destello de la gracia,
o un rayo de tu justicia!
[Un espectador.—¡El rayo, si rayo!

Rafael Calles.—Granada.

Nabucodonosor pide a su amigo Pl ventinica, o pesetas, alegando que está muerto de hambre.

Éste le lleva las pesetas y queda estupefacto al encontrar a su amigo comiendo un pollo.

—¡Nabucdonosor, con que muerto de hambre—le increpa.

Nabucodonosor, sin alterarse, contesta:
—Año, amigo, me estoy comiendo el pollo porque no tengo para mantenerlo.

Ame-la M. de Medrano.—Madrid.

Entre librero y literato:
LIBRERO.—Y bien, ¿cómo se titula su libro?
LITERATO.—«Nadie ha visto a nadie.»

LIBRERO.—¿Y eso, qué quiere decir?

LITERATO.—¡Hombre! Ninguno ha visto a ninguno.

LIBRERO.—Pues, eso es como si dijéramos: «Todo el mundo es ciego.»

LITERATO.—¡Perfectamente!

LIBRERO.—Pues, señor, ahora convenga por qué no ha visto usted que todo lo que ha escrito es una misaduría.

Ventura.—Barcelona.

—¿Cuál es el lépiz que se toma con el vermouth?
—El *lapiz-rivito*.

Vicente Miró y Calaf.—Madrid.

Entre quintos:
—¿Por qué te ha pegado hoy el sergento?
—¡Porque tengo las orejas sueltas!

—¿Y por qué no te las lavas?
—¡Resiste! ¡Enlonces se saldrá con la tampa!.

Samico.—Madrid.

Un obispo fue a hacer la visita pastoral a un pueblo y quedése a comer en casa del cura; éste le dijo que no tenía para comer otra cosa que sardinas.

A lo que el obispo respondió: ¡Oh, comida excelente las sardinas! Y mucho mejor si tienen las tres F. F. F. (frescas, frías y fritas).
A lo que contestó el cura: Pues éstas son mucho mejores, porque tienen cuatro F. F. F. F., porque son faldas.

Mohamed-Ben-Accas.—Meilla.

PAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Telefarral, 72.
Teléfono 48-06.

—¿En qué se parece un cordero a un triángulo rectángulo?

—Pues, en que el cordero es una res. ¡Que, en esta án, significa nada. Quéin nada, no se aboga. Quéin no se aboga, folla. Una folla es una escudera. Y una escudera es un triángulo rectángulo.

E. Carrasco.

Se encuentran dos amigos, uno de los cuales está irriservosno muy mala situación.

El uno.—¡Chico, te encuentro muy desmolorado, tienes mal color, los carrillos muy hundidos...

El otro.—Sí, ahora lo paso muy mal, hasta el extremo que he sentido que vender mi dentadura *pare poder comer*.

Francisco Grovas.—Barcelona.

SASTRERÍA LORITE
Corredera Alta, 19

Trajes y gabanes desde 35 pesetas

¿Has visto esas dos monjas qué periclitadas son?

—No tiene nada de extraño. ¡No ves que son Hermanas!

Mignon Lescaut.—Madrid.

Una niña de corte edad dice a su madre:

—¡Hemos ido de paseo yo y mi abuela.

LA MADRE (corrigiéndola).—Será mi abuela y yo.

LA NIÑA.—¡Tú que sabes, si no venías!

Tull.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisionales, 12.

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE
PAPEL CONTINUO

BALBINO CERRADA

41. ANTONIO LÓPEZ, 41. TELÉF. 23-33 M.
(a cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6.

Teléfono 50-05 M.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)..... 5,20 pesetas.
Semestre (26 —)..... 10,40 —
Año (52 —)..... 20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)..... 6,20 pesetas.
Semestre (26 —)..... 12,40 —
Año (52 —)..... 24 —

EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre..... 9 pesetas.
Semestre..... 16 —
Año..... 32 —

ARGENTINA, BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856
Semestre..... \$ 5,50
Año..... \$ 12,—
Número suelto..... 25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5. BILBAO: Goya Vía, 2.

PARIS y BERLÍN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y están siempre en
la marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza. Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., *matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis.* Recomiéndase a practicados y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter. Basta una sola aplicación para quitar el pelo de las cejas, pestañas, barba o bigote. Da maricas perfectamente oporales e jabaliberias. Pídanla negra, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis. LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fina y firme evidenciables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*porfexes, manchas, rostros granulosos*, etc.) y dando al cutis *belleza, distinción y delicado perfume.*

Pelitera Belleza. Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebeldía que sea la calvicie.

Loción Belleza. Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis.* Recobran los rostros marchitos o envejecidos *lozanía y juventud.* Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza. CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complácete a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. Es seguida de usarla se notan sus beneficios resultados, obteniendo el cutis *gran firmeza, hermosura y juventud.*

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar el cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Basta unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndolas su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin fex-Birlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *Acnéicos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarri, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

Tafisinih



OYENDO «MANÓN» EN EL REAL

Dib. TAFISININ.—Madrid.

ELLA.—¿Falta mucho para que llegue el sueño?

EL.—A mí me ha llegado ya.

Ayuntamiento de Madrid